

El 25 de abril de 1932, la ciudad de Oaxaca celebró el IV Centenario de haber sido elevada a la categoría de ciudad. Para conmemorar esa fecha se elaboró un intenso programa de actividades, y la expectación y el gozo recorrieron sus calles durante las dos semanas de festejos, contagiando no sólo a los ciudadanos sino, también, a diversos grupos del interior del estado. La imaginación de los intelectuales y artistas oaxaqueños se desbordó, proponiendo iniciativas diversas, muchas de las cuales fueron realizadas. Calendas, conciertos, cabalgatas, bailes, concursos de canciones y de productos regionales reinaron en Oaxaca durante las fiestas del IV Centenario, siendo las actividades más importantes la Exposición Regional llevada a cabo en la ex Hacienda de Aguilera, y el Homenaje Racial, celebrado en el cerro del Fortín, en un escenario construido específicamente para tal fin. El IV Centenario marcaría un antes y un después en la historia de la ciudad, ya que en él no sólo se celebró el hecho histórico sino que fue, a nuestro modo de ver, una de las primeras ocasiones en que la ciudad se observó a sí misma, plasmando lo que veía en cada una de las actividades programadas. Era una visión segmentada de la realidad oaxaqueña, construida por un grupo específico de urbanitas que impusieron ese particular modo de ver y concebirse a los demás grupos urbanos. Por eso mismo, las fiestas del Centenario no eran sino el espejo a través del cual la ciudad miraba su historia y su presente y planteaba su futuro:

...en el concierto humano de la civilización aportó ayer y prodiga hoy con firmísima fe su trabajo infatigable y vigoroso con el que contribuye a ir macizando los cimientos del porvenir. Por eso en el balance de cuatro siglos que ha cumplido en el ejercicio de su vida ciudadana, hay un timbre de orgullo y legítima satisfacción de gloria y de honor para todo corazón oaxaqueño (Vega, 1932).

Pero el IV Centenario no fue un hecho aislado ocurrido en una ciudad provincial del México posrevolucionario, sino que estaba inscrito dentro de dos contextos más amplios, pero íntimamente vinculados entre sí; el primero eran las políticas que se aplicaban por todo el país en un afán insistente por sustentar, a través de elementos culturales diversos, la identidad mexicana, revalorizando un pasado hasta entonces no plenamente aceptado, y que se constituían como el reflejo del nuevo proyecto de nación impuesto por el grupo en el poder; mientras que el segundo contexto era el paulatino nacimiento del regionalismo oaxaqueño impulsado desde las esferas del poder político estatal. Estos dos procesos influyeron, en 1932, en el modo de asumirse como oaxaqueño, tiñendo las fiestas de un localismo vinculado a ese particular modo de sentir la nación que desde el centro de la República se proclamaba:

En el transcurso de estos cuatro siglos, ha cumplido en primera línea su deber para con la patria, y ha mantenido en todos los momentos de su historia inquebrantable su dignidad, inviolable su decoro y unido el honor de todos sus hijos bajo su nombre queridísimo de oaxaqueños (Vega, 1932).

Pero ¿por qué tenemos la necesidad en este trabajo de abrir un paréntesis entre el capítulo anterior, donde se reconstruyó el calendario de fiestas oaxaqueñas, y el posterior, que será un acercamiento al proceso histórico de la Guelaguetza? Esta pregunta nos la hicimos en el trabajo de campo; los discursos sobre la máxima fiesta de los oaxaqueños nos remitían siempre a buscar sus orígenes en uno de los números principales del programa de festejos de 1932; los mismos intelectuales que participaron en ellos afirmaban lo anterior, dejando entonces al Homenaje Racial rodeado de una aureola mística que se hacía necesario develar. No negamos la sorpresa que nos produjo, durante el período de revisión hemerográfica, encontrar que este acto no fue un hecho aislado, como hasta entonces habíamos concebido, sino que era parte de un extenso programa de actividades a través del cual la

ciudad celebraba su abolengo. De ahí que decidiéramos analizarlo con mayor detenimiento, puesto que muchas de las cosas que aquí exponemos ayudarán a comprender el porqué de la creación de una fiesta, la manera por la que fue aceptada tan rápidamente y la forma en que se ha desarrollado. Por ello, este capítulo seguirá tres líneas. La primera se referirá brevemente a las políticas posrevolucionarias, para después comentar cómo influyeron en el estado de Oaxaca. Al fin de este acápite podremos esbozar cuál era la situación económica y social de la ciudad en los años treinta; todo este contexto nos permitirá acceder al escenario de la fiesta y comprender mejor el guión que respetó. La segunda, será describir y analizar la serie de actividades incluidas en el programa, en especial el Teatro Autóctono y la Exposición de Aguilera; mientras que en la tercera línea nos referiremos con relativa amplitud al Homenaje Racial.

1 DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN...

La construcción de la identidad nacional ha sido un proceso largo y difícil que cobró mayor impulso en los años posteriores a la Revolución Mexicana de 1910, cuando se definió un proyecto específico de nación y se pusieron las bases para tratar de conseguirlo. Los gobiernos posrevolucionarios, en un afán por transformar al país, pusieron nuevamente los ojos en una población que durante siglos había estado presente en el territorio y que representaba a ese México atrasado, pobre e ignorante, cuya existencia se volvía un obstáculo para lograr el desarrollo político, económico, social y cultural del nuevo modelo que se quería implantar. El indio se convirtió en un "problema" para las esferas políticas, y muchos intelectuales tratarían de darle solución, poniendo con sus ideas las bases de una nueva forma de conducir las relaciones grupos indígenas-sociedad nacional, basadas en el etnocentrismo y el estigma, y que guió las políticas indigenistas a lo largo de la mayor parte del siglo XX. A la par, el Estado surgido de la Revolución, para legitimarse, tuvo la necesidad de construir una mística nacionalista, que

se logró generalizar gracias a las políticas dictadas en materia de educación (Revueltas, 1998:417). De esta forma, la solución al problema del indio, la creación de una identidad nacional y la invención de símbolos nacionales no fueron procesos separados sino que estuvieron íntimamente relacionados.

En 1916, Manuel Gamio, el primer antropólogo mexicano, publicó un libro titulado *Forjando Patria*¹, en el que quedarían condensadas las directrices de esta nueva forma de entender al indio. En éstas subyacían vertientes claramente racistas, al aceptar su inferioridad con respecto a la cultura occidental, así como la carencia de valores en las culturas indígenas y concebir la superioridad de las europeas (Bonfil, 1989:170). Para Gamio, la nación lograría forjarse integrando al indio al desarrollo nacional, que se traduciría en su extinción a favor del modelo mestizo pues, para él, una condición fundamental para la nación era la unidad, a través de la fusión de razas, la convergencia lingüística y el equilibrio económico de los elementos sociales que "deben de caracterizar a la población mexicana para que ésta constituya y encarne una patria poderosa y una nacionalidad coherente y definida" (Gamio, 1982:183). La nación mexicana, entonces, no trataba de proteger valores existentes sino construir una nueva sociedad que no coincidiría con aquella que el antropólogo observaba (Villorio, 1987:10). Para Gamio, la investigación debía motivar la acción; conocer al otro era entender qué cosas debían de cambiarse y la forma en la que esto podría llevarse a cabo. Por eso, sus escritos no son productos teóricos sino una búsqueda insistente del conocimiento que dirigiera la acción encaminada a la construcción de una nueva nación². Fuertemente influenciado por una perspectiva

¹ Los extractos que citemos de la obra de Gamio de 1916 corresponderán a su edición de 1982.

² Para el conocimiento de las poblaciones indígenas, Gamio ideó dos métodos, el intensivo, que era "hacer investigaciones integrales sobre cada grupo social", y el extensivo, que consistía en dar a conocer al gobierno y al público "los aspectos orgánicos y funcionales de los grupos que forman la población". Los problemas indígenas, según el autor, no podrían ser encauzados de modo favorable, hasta que los gobiernos actuaran después de conocer "cómo es en verdad la estructura y el funcionamiento de las poblaciones que administran" (1987:157-158).

evolucionista, asumiría a la cultura occidental y europea como aquella a la cual deberían llegar los demás pueblos. De ahí que insistiera, incluso veinte años después de la publicación de su obra, en la urgencia de

equilibrar la situación económica, elevando la de las masas proletarias; intensificar el mestizaje, a fin de consumir la homogenización racial; substituir las deficientes características culturales de esas masas, por las de la civilización moderna, utilizando naturalmente aquellas que representen valores positivos; unificar el idioma, enseñando el castellano a quienes sólo hablen idiomas indígenas. Es pues un nacionalismo referente a la estructura, social, étnica, cultural y lingüística, el que proclamamos (Gamio, 1987:23)³.

Una parte del programa de acción de Gamio fue tomado por los gobiernos posrevolucionarios, considerando que con ello se permitiría el desarrollo del país. De ahí que el objetivo propuesto sería construir un México relativamente homogéneo, a costa de borrar las diferencias, que eran consideradas como aquellas que impedían su progreso y, por ello, lo empobrecían. Los mecanismos implementados para la consecución de las metas fueron el mestizaje racial y la escuela, considerada como el vehículo a través del cual se podían transmitir los valores de la nación y enseñar el español como la única lengua posible a ser hablada en el país. Las concepciones etnocéntricas de Gamio fueron asumidas como política nacional, y la antropología fue uno de los obreros principales en esa construcción de la sociedad anhelada. La concepción del indio y lo indio como atrasados y habitantes de edades pretéritas cobraría mayor fuerza en los años posteriores a la Revolución, pues se descubrirían a los ojos de los intelectuales como "incivilizados", justificando con ello la acción estatal de civilizar al bárbaro (Hernández, 1998:21) y conducirlo al progreso, aún a costa de su desaparición. Como dijera Warman (1970), la revolución reinventaría al indio, lo moldearía a su gusto, aunque también a su imagen y semejanza.

³ Seleccionado de la obra *Hacia un México nuevo*, cuya primera edición data de 1935.

Uno de los defensores más destacados del mestizaje fue el filósofo oaxaqueño José Vasconcelos, quien en 1925 formuló el concepto de raza cósmica, síntesis de todas las existentes y modelo que debería ser asumido en el país. Proponía una nación que profesara la fe católica, que hablara el español y que tuviera una cultura hispana. Su concepción de lo mexicano estaba confrontado con lo estadounidense, pues el problema que veía era el cambio cultural, pero no por la asimilación de la cultura del viejo continente, sino de la de Estados Unidos que, aunque poderoso, no era un país al que se deseara imitar en ese entonces. Proponía la creación de un México único que consistía en la asimilación e hispanización de los indígenas a través de la mezcla racial, ya que de esta forma se conseguiría una sola identidad nacional, la del mestizo que, según el oaxaqueño, habría de guiar el destino de México (Hernández, 1993:35). El resultado de la implantación de su modelo prometía, según el intelectual, visualizar un horizonte futuro halagador, puesto que “nosotros somos de mañana, en tanto que ellos van siendo de ayer” (Vasconcelos, 1983:27). La importancia del oaxaqueño no estribó solamente en la formulación de tesis del tipo antes descrito sino en que fue capaz, por medio de su influencia política, de iniciar su desarrollo. Al frente de la Secretaría de Educación, Vasconcelos comenzó con la creación de escuelas rurales, aquellas que llevarían la salvación a los indígenas. Su concepción, por tanto, se convirtió en redentora, pues mientras el mestizaje y la educación no se realizaran, los indios seguirían siendo botín de norteamericanos y caudillos, pero no sujetos históricos en sí mismos (Blanco, 1976:89-90). De ahí que se asumiera que la Revolución les haría justicia llevándoles un modelo de civilización concebido desde el poder, que los mismos indígenas nunca habían solicitado.

Las políticas posrevolucionarias se aplicaron por todo el territorio nacional. En 1922 se crearon las escuelas rurales y en 1925, las

Misiones Culturales⁴. Era la concreción de las ideas de los diversos intelectuales que querían con ello llevar educación a los que no la tenían, con contenidos altamente racistas y estigmatizantes, cuyos resultados fueron un profundo desprecio, por parte de la sociedad nacional hacia los indígenas y la plena e incuestionable aceptación, por parte de los mestizos, de su superioridad con respecto a la cultura india⁵. Ser indio se convertía, aún más, en un término peyorativo que refería a ignorancia, falta de inteligencia, supersticioso; en fin, condensaba en sí todos aquellos adjetivos negativos que no tenía la cultura occidental. Sin embargo, a pesar de las tesis racistas, elaboradas desde un etnocentrismo exacerbado, no se puede condenar a los intelectuales que las formularon⁶. Ellos actuaron, quizá, con profunda convicción de querer lo mejor para su país, después de las continuas guerras que había soportado, pues –como dijeron Aguirre y Pozas (1981, II:21), “los más generosos esfuerzos de la Revolución se implementaron pensando en el indio”; fueron hombres cuya acción estuvo dirigida por sus propios prejuicios que compartían con aquellos que no se sentían indios. Los resultados de su acción aún hoy se pueden observar en la cotidianidad de un país que no pudo ser homogéneo, aunque se lo haya propuesto firmemente⁷.

⁴ En 1936 el Presidente Lázaro Cárdenas creó el Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas; en 1940 se llevó a cabo el primer Congreso Indigenista Interamericano, en donde Cárdenas expuso que una de las preocupaciones de su gobierno no era dejar al indio como indio, ni indianizar a México, sino mexicanizar al indígena. Las propuestas gubernamentales en materia indigenista, propiciaron que en 1948 se fundara el Instituto Nacional Indigenista (Bonfil, 1989:173; Warman, 1970).

⁵ En las tres primeras décadas, según Aguirre y Pozas (1981, II:21), la Revolución logró gracias a las políticas implementadas, el decremento de la población indígena y un incremento de la mestiza. Lo primero se debió no por muerte natural de los primeros sino por su extinción cultural y su incorporación a la sociedad occidental, como no indios.

⁶ Entre otros intelectuales podemos citar a Alfonso Caso, Luis Cabrera, Othón de Mendizábal, Moisés Sáenz y Gonzalo Aguirre Beltrán.

⁷ Bartolomé (1993) hace un breve recuento del papel que jugó la escuela posrevolucionaria en Oaxaca y de su influencia descaracterizante entre los grupos indígenas, que aún es posible observar. Sobre esto último, para observar casos concretos en el estado de Oaxaca, véanse los trabajos de Mendoza (1989), Méndez (1989) y Cruz y Hernández (1989).

Pero a la par que las políticas nacionales buscaron el México mestizo, a través de la mezcla racial, también intentaron crear una cultura nacional, ya que la Revolución había roto los anteriores pilares de sustentación cultural. Los intelectuales no pudieron (o no quisieron) negar lo indígena sino que lo utilizaron en la recreación de los orígenes de la nación. Siguiendo las ideas decimonónicas del glorioso pasado prehispánico, concibieron la raíz profunda del mexicanismo en ese pasado indio; a partir de ahí -dijeron- surgió el nuevo mexicano que fue conquistando su historia a través de la concatenación de una serie de luchas que culminaron con la Revolución (Bonfil, 1989:166). Teñidos de una visión lineal, los intelectuales concibieron a la Revolución en términos salvíficos, como expresión de una lucha que redimiría al país y a partir de la cual se podría incorporar plenamente al mexicano a la cultura universal. Son éstos los años en que Vasconcelos concibió la educación como el medio para establecer los vínculos nacionales y fue, también, cuando comenzó la revolución cultural que rebasó el proyecto político y se convirtió en la expresión de una identidad cultural, manifestada en la pintura mural, la poesía, la música (Revueltas, 1998:417). En el México de Vasconcelos, la raza iría acompañada de una cultura propia. Por eso trabajó para dotar al Estado de un áurea de legitimidad y convertir la conquista militar en hegemonía social por medio de la persuasión cultural e ideológica (Brading, 1989:19).

Numerosos intelectuales se dieron a la tarea de sustentar "lo mexicano". El nacionalismo pretendía concebir al pueblo como autor de sí mismo a partir de la reinterpretación de su pasado. La mexicanidad y sus símbolos referían a la idea de un solo pueblo y una sola cultura, una sola historia y unos símbolos compartidos que manifestaban el alma de la patria (Pérez, 1998:371-372). El nuevo México, producto de la lucha armada de 1910, sería un país mestizo racialmente, pero con una cultura que, aunque también producto de variadas mezclas a través del tiempo, condensaba lo propio, que era capaz de tipificar a la nación y que, por

eso mismo, se convertía en "típica". El mito nacional se enroscó en el pasado prehispánico, aunque negó nuevamente a los indios contemporáneos ser sus herederos. Se revalorizaron los productos de manufactura local, ya que el espíritu de la patria estaba en el pueblo mismo. De esta forma, diversas dependencias públicas permitieron que pintores como José Clemente Orozco, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros pintaran los muros de sus edificios para que toda la gente pudiera admirar sus obras, en las que se plasmaban escenas de la historia patria y de la vida cotidiana nacional; por otro lado, compositores como Manuel M. Ponce, Silvestre Revueltas y Carlos Chávez tomaron como tema de sus composiciones las canciones populares. La inspiración popular daba originalidad y fuerza al arte mexicano (López *et al*, 1975:200) y, cual fuente de agua, de ella bebieron los artistas e intelectuales de la época, creando a lo largo de tiempo discursos románticos y los diversos estereotipos nacionales, como el charro, la china poblana, el mariachi y las canciones vernáculas, entre otros muchos. Un escritor de la época diría que el mexicanismo estaba:

en lo esencialmente pintoresco de nuestras costumbres, en la verdadera fuerza de expresión del lenguaje popular; en el espíritu, muestra de resignación y fanfarronería de la raza (Gómez, 1930).

La invención de la identidad mexicana puso a trabajar a los intelectuales de todo el país quienes se afanaron por buscar entre "el pueblo" aquellos elementos que, revalorizados, fueron tomados como los que sustentaban una identidad local vinculada a la nacional. En la construcción de la mexicanidad no sólo se emplearon los diversos gobiernos posrevolucionarios; también lo hicieron las regiones de país; en cada una se dio una respuesta que, aunque diferente en forma, seguía las líneas trazadas por los ideólogos de la nación. Los regionalismos no se diluían en el homogenizante proyecto nacional, sino que en él encontraban los recursos que les ayudarían a hacer lo propio en sus localidades, de tal forma que no fueron dos sucesos distintos y

separados, sino que estuvieron íntimamente unidos, porque eran parte de un mismo proceso.

1.1. LA ETAPA REVOLUCIONARIA EN OAXACA

La Revolución había sido el parteaguas de la historia nacional, desterrando al antiguo régimen del poder, identificado con la aristocracia mexicana y la cultura europea; había dotado al país de una Constitución política y de nuevos contenidos culturales en los que se sustentaba la identidad de la nación, extendiendo su campo de influencia a todas las regiones que se adecuaban, según sus propios procesos políticos y sociales, a los nuevos tiempos estructurados por aquellos que triunfaron en la lucha armada iniciada en 1910. Hasta esa fecha, la política del país parecía haberse decidido, de manera directa o indirecta, en Oaxaca, pero en el siglo XX, el norte de México sería la zona en que se definiría la política nacional. Oaxaca resintió en este período una pérdida de influencia en las esferas nacionales y se enfrascó en luchas locales, pareciendo retrasado con respecto a las nuevas formas políticas que estaban dirimiendo los hombres del Norte (Dalton, 1997:201). Las respuestas dadas por los grupos políticos de la entidad fueron desde el débil mantenimiento de las relaciones con los gobiernos revolucionarios, hasta la proclamación de la soberanía estatal en 1915, considerada ésta como un intento desesperado de la clase dominante local por mantener su área de influencia geográfica libre de toda injerencia constitucionalista. Fue un movimiento estrictamente local, sin proyectos mayores (Ruiz, 1986:132)⁸, cuyo fin llegó con la muerte de Venustiano Carranza y el nombramiento como Presidente de México de Adolfo de la Huerta, a cuya toma de posesión asistieron los líderes oaxaqueños, quienes un día después se aprestaron a jurar la Constitución de 1917 (Dalton, 1997:210).

⁸ El movimiento de la Soberanía abarcó de 1915 a 1920; sobre el mismo véase a Ruiz (1986), quien lo analiza detalladamente.

La institucionalización de la Revolución en Oaxaca se dio en el período de los años veinte, con los gobernadores que, en la nueva fase constitucionalista de la historia, intentaron poner en marcha el nuevo proyecto de nación⁹. De entre los gobernantes locales nos interesa en particular la acción de los dos últimos de este período, ya que con ellos se inicia el movimiento de reinversión de los elementos que definirían al oaxaqueño, acorde con las líneas propuestas por los ideólogos del Estado¹⁰. El primero de ellos fue Genaro V. Vásquez, quien previamente había sido diputado federal por Oaxaca y que ascendió a la gubernatura designado por el Presidente Plutarco Elías Calles, luego de la renuncia de Onofre Jiménez. Durante su gobierno dio apoyo decidido al nuevo modelo de nación, ya que desde el inicio, su administración se destacó por su orientación hacia la construcción de escuelas y carreteras (Arellanes, 1997:382), y por la difusión de las ideas emanadas del movimiento armado de 1910, a tal grado que en los periódicos de la época se podía notar el entusiasmo que en diversos sectores despertaron dichas ideas y la correlación que se hizo del desarrollo de la sociedad oaxaqueña con la educación y la cultura para el pueblo (Dalton, 1997:212); de ahí que sea lógico observar la creación de diversas escuelas rurales en todo el estado, acompañadas de un Plan de Acción Educativa y Social; es decir, la educación era sinónimo de la transmisión de conocimientos que ayudaran a transformar la realidad. El mismo Vásquez afirmaba que la difusión de las escuelas era "fomentar nuestro futuro feliz"¹¹.

En su período de gobierno se creó la Confederación de Partidos Socialistas de Oaxaca. El discurso ideológico del momento hacía referencia al socialismo, a veces llamado "socialismo a la mexicana", ya que Marx y Lenin estaban prácticamente ausentes (Arellanes, 1997:383);

⁹ Fueron gobernadores en esta década el general Manuel García Vigil (1920-1923), Isaac Ibarra (1924), Onofre Jiménez (1924), Genaro V. Vásquez (1925-1928) y Francisco López Cortés (1928-1932).

¹⁰ Seguimos en los siguientes párrafos de este acápite a Arellanes (1997). El autor se ha especializado en el estudio de la Revolución Mexicana en el estado de Oaxaca.

¹¹ Citado por Arellanes (1997:382).

las ideas básicas residían en la mejoría económica del proletariado, pero sin estar en confrontación directa con el capital. El programa social de la Confederación respetaba la ideología de la época ya que en uno de sus puntos expresaba su compromiso por desarrollar "una labor intensa y firme enderezada a incorporar a la civilización moderna, toda nuestra población indígena, combatiendo resueltamente las plagas que la explotan, extirpando sus vicios y cultivando sus numerosas virtudes", mientras que en otro indicaban que apoyarían la "propaganda e implantación de las escuelas agrícolas e industriales y de la escuela de acción en la enseñanza primaria para dar al individuo, en vez de generalidades y manías estériles de contemplación, verdaderas armas de trabajo, hábitos constructivos y sentimientos de solidaridad que los signifique como un factor social, cualquiera que sea su sexo, y no como un ser egoísta y pernicioso"¹². El decidido apoyo que la Confederación recibió del gobierno hizo que su labor ideológica fuera masiva y amplia (Arellanes, 1997:390).

En esas fechas se creó el Himno Regional Socialista¹³, en el que se pedía ofrendar el alma "en el cívico altar de la patria" y se coreaban vivas a la Revolución, cuyas ideas habían sido plenamente aceptadas y se constituían como las únicas posibles para llevar a cabo el desarrollo económico, político, social y cultural de México. Es por eso que también en este período se buscó dotar de identidad a lo oaxaqueño; se publicaron obras de tipo folklórico¹⁴, poesía y literatura, además de que se convocaron concursos de canciones vernáculas y se comenzaron a reconocer las expresiones artísticas autóctonas y danzas tradicionales (Arellanes, 1997:390); el alma oaxaqueña se vinculaba, de este modo, a la cultura popular, y comenzaban a ser imágenes "típicas" el charrito y la

¹² Actas constitutivas de la CPSO, citadas por Vega (1932).

¹³ La letra fue escrita por el Dr. Alberto Vargas.

¹⁴ La Confederación publicó el semanario *Sábado Rojo*, que contenía artículos que trataban sobre ideas revolucionarias. Entre los escritores asiduos se encontraban Enrique Othón Díaz, Alberto Vargas, León Olvera, Jorge Octavio Acevedo y Policarpo T. Sánchez (Arellanes, 1997:391).

china oaxaqueña, y las diversiones populares se concibieron como "tradicionales"; es un período de reformulación de elementos que tenidos como cotidianos pasaron a ser considerados decisivos para la identidad local. Asimismo, el indio, conforme a los presupuestos posrevolucionarios, fue objeto de políticas diversas encaminadas a su integración al modelo nacional; las lenguas autóctonas fueron minusvaloradas frente al español; las costumbres concebidas como signos de atraso, decadencia y pobreza, a la par que se exaltaron los sitios arqueológicos de Mitla y Monte Albán, como testigos de la grandeza de "nuestros" antepasados. El indio sería tomado como el imbécil y el humanismo oaxaqueño se encargaría de transformarlo. En este contexto, Vásquez exclamaría al final de su administración, en medio de su emoción por haber implantado en Oaxaca las ideas básicas del proyecto nacional, unas frases que pudieran parecer cínicas, pero que encerraban sus percepciones sobre los indios como tercos o ignorantes:

Si podéis soportar una semana entre los indios, veréis que no hemos pervertido ni siquiera las palabras, mucho menos la intención al proclamar nuestro lema: hay que darle la razón al indio, aunque no la tenga (Vásquez, 1928:12).

Francisco López fue quien sucedió a Genaro Vásquez en la gubernatura y, prácticamente, continuó con las líneas marcadas por su antecesor, en materia de aplicación de las ideas de la Revolución. Intentó mejorar las industrias existentes, reorganizando a los trabajadores y productores; en 1931 realizó el Primer Congreso Industrial de la Palma y la primera exposición regional de la industria de la palma en Teposcolula (Dalton, 1997:213). Asimismo, se siguieron creando escuelas en todo el estado, contabilizando al término de su administración, en 1932, 1.132 escuelas rurales, 39 superiores y 101 elementales. Los alumnos matriculados sumaron cerca de 51.000, aunque se reconocía que acudía a ellas una asistencia media de casi 45.000 alumnos (Vega, 1932). Continuó, asimismo, el proceso de creación de nuevos referentes identitarios, a través de la revalorización de lo considerado como propio,

de la composición de canciones vernáculas en las que se alababa al solar nativo y de poesías que exaltaban las glorias de la entidad. Con esto, Oaxaca daba su aportación a la creación de la cultura nacional, surgida de "lo popular", un término excesivamente ambiguo, pero sobre el que giró la construcción de la identidad mexicana y en el que se depositó el espíritu de la nación, reconstruida a través de la violencia física y simbólica.

1.2. LA CIUDAD DE OAXACA HACIA LOS AÑOS 30

Los gobiernos de Genaro Vásquez y de Francisco López se desarrollaron en medio de grandes penurias económicas, que reflejaban también la situación por la que atravesaba el estado. Por esos años, la población de la entidad sobrepasaba el millón de habitantes, con un 83% del total dedicado a las labores del campo y con una tasa de analfabetismo del 80%. Según el censo de población de 1930, poco más de 30.000 personas se encontraban empleadas en la industria, pero en este rubro estaban también ubicadas las empresas familiares y las actividades artesanales por lo que, fuera de lo propiamente no capitalista, el estado contaba sólo con 8 mil obreros, empleados en industrias textiles, metálicas, minerales, de la construcción, de fabricación de harinas y pan y de producción de azúcar y alcohol, entre otras (Arellanes, 1997:393), lo que permite entrever que el sector industrial era muy débil si se comparaba con las actividades agrícolas. Sin embargo, en este último caso, la mayor parte de la producción se destinaba al consumo de las unidades familiares y era realizada, en una considerable proporción, por la población de alguno de los grupos indígenas que habitaban en Oaxaca.

En la ciudad el panorama tampoco era muy halagador. La población urbana para esta década era de poco más de 33.000 habitantes. La capital, a través del tiempo, se había ido consolidando como el asiento de comerciantes, de propietarios urbanos, de latifundistas, de ciertos religiosos y de los funcionarios del gobierno

federal y estatal (Nolasco, 1981:190-191) y su economía giraba alrededor del comercio y de un sistema de mercados a través de los cuales se articulaban, principalmente, las poblaciones que la circundaban. La pobreza en que se encontraba sumido el estado era resentida en la capital por las llamadas "clases populares", que conformaban, posiblemente, la mayor parte de los 33.000 habitantes. En contrapartida, existía también un grupo de urbanitas compuesto por familias que durante generaciones habían vivido en la ciudad y que poseían el poder político y económico, a las que se anexaron inmigrantes procedentes de Europa, llegados durante el porfiriato y que se instalaron en la ciudad como comerciantes o industriales¹⁵. Este grupo conformaba el Oaxaca visible, el de los paseos vespertinos, el de las veladas teatrales, el Oaxaca que refrendaba su abolengo a través de su posición privilegiada y de su aislamiento social con respecto a la población indígena, que le permitía reproducir su particular manera de vivir en una ciudad "con prosapia y señorío" (Larumbe, 1998:18)¹⁶. Estas eran las dos sociedades que habitaban en Oaxaca, disímiles no sólo por la posición económica sino también por los rasgos físicos. Unos eran indios morenos, los otros eran mestizos (o criollos) considerados "blancos". El aspecto físico era un elemento para la adscripción a una condición étnica; en la ciudad racista, la sociedad oaxaqueña, es decir, la clase dominante, calificó la alteridad a través del tono de piel, ya que se creía que cuanto más morena fuera una persona, mayor pureza indígena denotaba, imponiendo con ello toda la carga prejuicial y estigmatizante que sobre lo indio se había construido.

¹⁵ Montes (1998^a) ha realizado un trabajo sobre los descendientes de esta población inmigrante en Oaxaca, analizando los elementos que utilizan para sustentar su posición diferenciada; entre éstos se encuentra la exaltación a su ascendencia extranjera, y la reproducción de formas culturales europeas en su vida diaria. Sobre inmigrantes extranjeros en Oaxaca, durante la época del porfiriato, véase también el estudio de Chassen (1986).

¹⁶ El trabajo de Larumbe (1998) es una excelente fuente de información sobre la forma de vida de las clases privilegiadas en la Oaxaca de las décadas treinta y cuarenta del siglo XX.

Pero ¿cuáles fueron los acontecimientos que marcaron la vida de los oaxaqueños en los inicios de la década de los años treinta? Podemos decir que fueron varios, pero quizá, uno de los más significativos fue la serie de temblores que sacudieron la ciudad en enero de 1931 y que propiciaron una disminución de la población, ya sea por muerte a causa de esos fenómenos, o bien, por la migración que se dio en los meses y años siguientes hacia otros puntos del país, como una forma de huir de este tipo de peligros¹⁷. Los terremotos no sólo destruyeron casas sino también la economía local, basada principalmente en el comercio; las penurias económicas del gobierno se notaban, entre otras cosas, en la imposibilidad de pagar los sueldos a sus empleados, y en el lento inicio del camino hacia la recuperación de la vida cotidiana (Ramírez, 1982:4). A este panorama se agregaba la situación religiosa que se vivía en el país y que había llevado a los gobiernos a prohibir las manifestaciones de culto fuera de los templos, muchos de los cuales fueron cerrados y otros, expropiados; en Oaxaca se prohibieron las calendas y las procesiones religiosas que se realizaban, por lo general, durante todo el año. Así, algunos oaxaqueños veían que "todo era desolación y angustia" y se palpaba en el ambiente un "sentido de impotencia" (Larumbe, 1998:56). La ciudad se encontraba, entonces, al iniciar la década, con un:

comercio raquítico, nula industria -no podían calificarse como importantes, por ejemplo, las embotelladoras de aguas gaseosas, que eran de lo más relevante a la sazón- y aquel factor negativo, la franca represión a la que sumaron personas que teníamos como de firmes convicciones, constituían el panorama de nuestra provincia (Ramírez, 1982:4)¹⁸.

Sin embargo, el período al cual nos estamos refiriendo también tuvo otros momentos, en los que el orgullo oaxaqueño se comenzó a reponer después de los derrumbes de 1931. Este acontecimiento, enmarcado curiosamente en medio del discurso posrevolucionario de

¹⁷ El Censo de Población de 1940 indica que en la ciudad de Oaxaca habían poco más de 29.000 habitantes; es decir, casi 4.000 menos que 10 años atrás.

¹⁸ Ramírez se refiere, cuando dice "aquel factor negativo...", a la tensa situación de las relaciones Iglesia-Estado.

buscar los orígenes de la nación en las glorias prehispánicas, fue el hallazgo de la tumba número 7 en el sitio arqueológico de Monte Albán, realizado por un equipo de investigadores encabezado por Alfonso Caso¹⁹. La divulgación de la noticia, que "conmocionó a propios y extraños" hizo que "la riqueza de nuestra cultura" (Larumbe, 1998:114) se conociera fuera de la ciudad, haciendo que el interés se volviera hacia Oaxaca, influyendo y levantando la moral del pueblo (Ramírez, 1982:6). El hallazgo mismo fue objeto de polémica, ya que algunos intelectuales, entre los que destacaba el arqueólogo Ramón Mena, sostuvieron que las joyas encontradas eran de la manufactura de Alfonso Caso y que no correspondían a la tumba número 7 de Monte Albán²⁰. Podría ser que este personaje creyera imposible que entre los indios pudieran existir orfebres excelentes²¹, o bien que, efectivamente, considerara que el descubrimiento era una invención²². Sea lo que fuere, la polémica estaba servida, por lo que Caso, a su llegada a Oaxaca en 1932, se dedicó a impartir conferencias sobre el descubrimiento, y las joyas fueron admiradas por los oaxaqueños en la Exposición de Aguilera, a la que nos referiremos posteriormente.

Con una economía prácticamente en quiebra, pero con la oaxaqueñidad a flor de piel, se recordó que el 25 de abril de 1532, Carlos V mandó que a partir de "ahora y de aquí en adelante, se llame e intitule la dicha villa Ciudad de Antequera y que goce de las preeminencias,

¹⁹ El descubrimiento fue realizado el 9 de enero de 1932.

²⁰ Mercurio, sábado 16 de abril de 1932.

²¹ Ideas de este tipo, que consideraban la incapacidad de los indígenas para las artes eran bastante comunes en ese tiempo, incluso entre los estudiosos del folklore y de los pueblos indios. Por poner un ejemplo, Elfego Adán, al visitar a los cuicatecos, llegó a la conclusión de que eran "un pueblo muy atrasado". Esa impresión lo inclinó a afirmar: "Tuve noticias de que algunos indios poseen códices. Es improbable que este pueblo haya tenido, en tiempos anteriores, literatura y poesía" (Adán, 1922).

²² Otra versión apunta a que el ex gobernador Genaro Vásquez poseía una importante cantidad de joyas prehispánicas y que el hallazgo en Monte Albán fue una invención por él orquestada, ya que -se dice- las joyas que conformaron el descubrimiento no fueron encontradas en la mencionada tumba (Información proporcionada por Informante 4, Oaxaca, agosto de 2001). Remitimos al anexo 8,1 para ver la identificación de los informantes.

prerrogativas e inmunidades que puede y debe gozar por ser ciudad..."²³. Se comenzó, entonces, con los preparativos para celebrar el cuarto centenario de su elevación a la categoría de ciudad, con un amplio programa de festejos, impregnado por las directrices de la época. La historia de la ciudad comenzaba a reescribirse, como Jacobo Dalevuelta (1932) bien lo dijera:

Cien años, doscientos, trescientos, cuatrocientos años, precisamente hoy, desde que las agujas del reloj de Don Carlos, se estrecharon en el abrazo eterno de su vida y desde que las campañas del reloj matizaron de sonido la hora nueva, la entrada a un siglo más, quedaron desde anoche abiertas en blanco las páginas de un libro nuevo, empastado en baquetilla y marcado a fuego. Será el libro para escribir en sus hojas, color de luna, color de pulpa de algodón, los nombres que deban recogerse y los hechos que penetren a nuestro espíritu, como la luz meridiana que nos arranca las negruras dolorosas del espíritu. Cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos años ha...

2. LOS FESTEJOS DEL IV CENTENARIO

El programa general de festejos fue realizado por el Comité Organizador del IV Centenario de la Ciudad de Oaxaca, formado posiblemente en el segundo semestre de 1931, y en el que estaban incluidos miembros destacados de la vida política, militar, social y artística de la entidad. Como presidente honorario fue designado el gobernador del Estado, Francisco López Cortés, y como presidente efectivo, León Olvera, quien presidía el Ayuntamiento de la ciudad. Diputados como Policarpo T. Sánchez, quien fungió como secretario del mencionado Comité, así como el Dr. Alberto Vargas, Demetrio Bolaños Cacho, el Lic. Heliodoro Díaz Quintas, se encontraban igualmente dentro de la organización de las festividades. Otros intelectuales incluidos fueron el pintor Alfredo Canseco Feraud, el escritor Jorge Fernando Iturribarría y el redactor Cutberto Flores. La lista de personas que tomaron participación activa en la organización de los festejos es bastante larga, pero hay que anotar que todos ellos formaban parte de la sociedad oaxaqueña, es decir, de

²³ Cédula de la fundación de la Ciudad de Oaxaca (Vega, 1932).

aquellas familias que hacían referencia a su estatus social con base en la antigüedad de su presencia en la ciudad, en el poder político que habían detentado por generaciones, o en el poder económico que poseían. En el Comité del IV Centenario no estaban representadas las clases sociales más bajas, mucho menos los indígenas urbanos, cuya presencia, antigua o reciente, no había sido socialmente aceptada. Por tanto, la serie de actividades organizadas por esta clase social privilegiada de Oaxaca sería un reflejo de sus propias concepciones.

El Comité organizador, desde su creación, quedó abierto a las propuestas de otros miembros de la sociedad oaxaqueña; éstas fueron recibidas y turnadas para su estudio y posible aceptación. Las poco más de diez comisiones elaboraron cada una un programa de actividades a desarrollar durante los días de festejos, que posteriormente turnaron a la Comisión del Programa General, dirigida por Constantino Esteva, secretario general del Gobierno estatal, quien se dio a la tarea de estructurar el programa definitivo; en ella podían encontrarse desde conciertos de música clásica, hasta encuentros deportivos, o bailes de gala y bailes populares, entre otros ejemplos. Sin embargo, las actividades estaban planeadas por segmentos poblacionales, es decir, habían actividades dirigidas a las clases altas y otras para las así llamadas "clases populares". Pocas eran las actividades en donde estos dos sectores de la ciudad podían encontrarse, aunque su interacción no estaba planeada. De hecho, algunas veces la presencia de este último sector de la población resultaba incómoda en situaciones cotidianas y mucho más en un acontecimiento tan importante como el del IV Centenario, pues eran la evidencia del "atraso" en el que la ciudad estaba inmersa; por eso, en algunos casos, se creyeron redentores y lanzaron propuestas en las que subyacía el desprecio y la intolerancia, disfrazadas de humanismo y progreso:

El señor profesor Alfredo Canseco Feraud hizo una proposición que vino a reforzar la que en tiempo anterior hiciera el señor licenciado

José Guillermo Toro. El mencionado abogado propuso en una de las primeras juntas del Comité, que su labor debería dejar alguna huella en las fiestas, huella perenne y por tanto proponía se obsequiaran a algunas poblaciones indígenas algunos pares de zapatos o algunos pantalones, pues era indudable que quienes los usaran, quedarían habituados a su uso, especialmente de los pantalones, y su ejemplo serviría para inducir a mayor número a usar de estas prendas... En la sesión a que nos referimos el profesor Feraud propuso aprovechar las fiestas del Centenario para lanzar volantes excitando a nuestras clases humildes a dar un paso adelante en su mejoramiento, vistiendo pantalones, ya que prácticamente visten en ropa interior. La proposición fue aprobada por los concurrentes a la junta²⁴.

Las propuestas de este tipo no buscaban el progreso y la redención del indio sino su paulatina integración al modelo mestizo, plenamente aceptado como aquel que podía superar el atraso y la marginación del país. No en vano, el artifice del concepto de raza cósmica, del modelo del mestizaje posrevolucionario, había sido un oaxaqueño. Sin embargo, estas iniciativas tampoco intentaron adecuar a un marco regulador, impuesto por las mismas clases privilegiadas, la interacción mestizo-indios en la ciudad; es decir, no se pretendió únicamente superar el "asco social" que a los primeros les producía la forma de vestir y las costumbres de los segundos, sino que más bien, iban dirigidas a mejorar la imagen de la ciudad, ya que para las celebraciones del IV Centenario se había invitado no sólo a los oaxaqueños sino también a otros residentes del país y del extranjero. Por eso mismo, era igual de preciso poner pantalones a las "clases populares", como limpiar y ornamentar la Vieja Antequera, la Gran Señora, la Sultana, la Perla del Sur. De ahí que se llevaran a cabo iniciativas para iluminar ampliamente la ciudad²⁵, se ordenara la limpieza y el arreglo de parques públicos²⁶, se suprimieran las casetas "que tan mal aspecto le dan actualmente"²⁷, que el Ayuntamiento obligara a los oaxaqueños a pintar y arreglar las fachadas

²⁴ Mercurio, viernes 25 de marzo de 1932.

²⁵ Mercurio, viernes 4 de marzo de 1932.

²⁶ Mercurio, domingo 10 de abril de 1932.

²⁷ Mercurio, miércoles 30 de marzo de 1932.

de sus casas²⁸ o bien, que se dejara de recolectar la basura en las calles no asfaltadas, a fin de que los carros de limpieza lo hicieran en el centro de la ciudad y en aquellos lugares donde se llevarían a efecto las actividades propuestas, ya que la ciudad se preparaba "para exhibirse ante turistas y visitantes con motivo de su cuarto centenario"²⁹.

La búsqueda por presentar el mejor aspecto posible hizo que la imaginación se volcara en el programa de festejos; la emoción contagió a todos aquellos que se sentían oaxaqueños y las propuestas no se dejaron esperar. Por ejemplo, algunos "amantes del divino arte" se dieron a la tarea de organizar una Orquesta Sinfónica³⁰. Otro propuso la publicación de una historia de Oaxaca, la de "nuestra amada patria"³¹, escrita por un historiador local, mientras que alguno sugirió que se plantaran 32 árboles para que las generaciones futuras recordaran esta fecha³². Pero a la par de estas iniciativas, se fueron anexando otras con tintes más regionales, como la creación de la Orquesta del Pueblo, organizada por Guillermo Rosas Solaegui, cuyos miembros hacían "alarde del sentimiento artístico de la raza"³³, ejecutando canciones vernáculas y melodías surgidas de la inspiración local; la Tarde Racial en Monte Albán, donde se representarían dos obras en las que se reconstruía la leyenda de Donají, la princesa zapoteca, y un acontecimiento en la vida de Netzahualcóyotl; la Exposición Regional, en la que se exhibirían los productos del estado, o bien, el homenaje de los indios a la ciudad. El oaxaqueñismo se hacía presente en las fiestas de la ciudad y quizá éstas serían el impulso que necesitaba para legitimarse.

A los festejos se invitó al Presidente de la República, Pacual Ortiz Rubio, así como a diversos gobernadores estatales, como el de Puebla;

²⁸ Mercurio, sábado 16 de abril de 1932.

²⁹ Mercurio, miércoles 30 de marzo de 1932.

³⁰ Mercurio, viernes 4 de marzo de 1932.

³¹ Mercurio, domingo 10 de abril de 1932.

³² Mercurio, viernes 4 de marzo de 1932.

³³ Mercurio, miércoles 20 de abril de 1932.

sin embargo, aunque enviaron sus respectivas felicitaciones al gobierno local, ninguno de ellos asistió. No obstante, la ciudad contó con la presencia de algunos prominentes médicos del país, así como con la de intelectuales nacionales, entre los que se contaba el poeta veracruzano José Núñez y Domínguez³⁴, invitado como orador para la ceremonia de inauguración del monumento al historiador Manuel Martínez Gracida; asimismo, Juan León Mariscal, músico oaxaqueño, llegó a la ciudad a invitación de Gabriel I. Carsolio, director de la Orquesta Sinfónica del IV Centenario, para dirigir al conjunto cuando éste interpretara obras de su autoría. Producto de una efectiva propaganda a través de la radio y los periódicos, muchos oaxaqueños radicados en la capital del país y en otros estados de la República, así como numerosos visitantes nacionales y algunos extranjeros llegaron a la ciudad para participar de sus fiestas.

El programa de festejos dio inicio el sábado 23 de abril con una manifestación de estudiantes y miembros de la Confederación de Partidos Socialistas del Estado, quienes recorrieron las calles de la ciudad con cohetes y música de banda proclamando “por los ámbitos de Oaxaca que las fiestas iniciaban dentro de un ambiente de alegría”³⁵. El mismo sábado se realizó el Concurso Composiciones Musicales Inéditas; “Reliquias de Monte Albán”, “Tierrecita Morena”, “Qué chulo es Monte Albán”, “Coyolicaltzin”, “Noche de Antequera”, e “Itandehui” son algunos de los títulos que participaron y que permiten observar que el sentimiento regional se encontraba presente ahí también³⁶, ya que todas ellas estaban “saturadas de esa melancólica dulzura que encierra el alma provinciana” (Vega, 1932). Niños, jóvenes y adultos; artesanos, obreros, estudiantes y profesionistas; la burguesía oaxaqueña y las clases

³⁴ Núñez y Domínguez nació en Papantla, Veracruz, en 1887; fue poeta, periodista y diplomático, así como secretario del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía y miembro de Academia de la Lengua y de la Historia. Una de sus obras más conocidas es "Cuentos mexicanos", publicada en 1927.

³⁵ Mercurio, domingo 24 de abril de 1932.

³⁶ Curiosamente ninguna de ellas obtuvo el primer premio; las triunfadoras fueron “Cuando bajas a la fuente”, de Gabino García Pujol y Juan G. Vasconcelos (categoría Canción); “Blasfemia”, de Guillermo Rosas Solaegui (categoría Serenata) y “Hora de amor”, de Enrique Sandoval (categoría Vals).

populares. Todos estaban presentes en las fiestas, pues el programa elaborado por el Comité del IV Centenario había previsto actividades para todos, a fin de que nadie se quedara sin participar en el homenaje a la ciudad. Por eso había una interesante variación de actividades, dirigidas a diversos públicos; la Gran Velada en el porfiriano teatro Mier y Terán³⁷ compartía espacio en los carteles con el Gran Baile Popular en el Mercado Porfirio Díaz, por ejemplo, lo mismo que la aristocrática Orquesta Sinfónica IV Centenario ejecutaría piezas en sitios donde antes o después lo haría la Gran Banda Mixe. Las actividades planeadas para sectores distintos refiere posiblemente a la búsqueda por mantener espacios de acción específicos para cada grupo. La sociedad oaxaqueña no se mezclaba más que con los miembros de su mismo grupo, manteniendo las divisiones sociales tajantes impuestas desde la época colonial y reafirmadas y reforzadas en el México independiente.

2.1. EL TEATRO AUTÓCTONO

Dentro de las diversas actividades que se llevaron a cabo son dos las que nos interesa reseñar con mayor detalle. El IV Centenario no sólo fue un festejo dentro de la ciudad sino que significó, a nuestro modo de ver, el reforzamiento de un regionalismo que años antes había surgido en el estado y al que nos hemos referido en páginas anteriores. En efecto, consideramos que ésta fue la primera ocasión en que la ciudad se dio a conocer públicamente o, mejor dicho, presentó una imagen reconstruida de sí misma al exterior. En esta imagen de 1932 jugaron especial papel los elementos propios, tanto de la ciudad como del estado; muchos de ellos fueron apropiados por las élites dominantes y reconstruidos para que a su través la ciudad tuviera una imagen propia dentro del contexto nacional. El pasado prehispánico y los productos artesanales, entre otros, fueron revalorizados y considerados como elementos que dotaban de orgullo a los oaxaqueños. A pesar de que el programa de festejos en sí

³⁷ Hoy conocido como Teatro Macedonio Alcalá. Cambió de nombre en otoño de 1933 (Ramírez, 1982:15).

mismo contenía muchos elementos en los que estaba presente el sentimiento regionalista, el Teatro Autóctono y la Exposición Regional de Aguilera, fueron –quizá– los vehículos principales a través de los cuales se expresó abiertamente la reinención de la historia, en el primero de los casos, y la revalorización de lo producido localmente, en el segundo. Nos detendremos brevemente en ambos.

El Teatro Autóctono en Oaxaca (llamado en sus inicios Tarde Racial) representó, dentro de la serie de festejos, una referencia a la reinterpretación de la historia prehispánica, acorde a los tiempos posrevolucionarios. Fue producto de la iniciativa del periodista Guillermo A. Esteva, quien ideó la representación de dos episodios, el de la leyenda de la princesa zapoteca Donají, cuya efigie luce el escudo de la ciudad; y un episodio de la vida del rey texcocano Netzahualcóyotl. Los mitos locales y nacionales se encontraron en el Teatro Autóctono, resaltando con ello la nueva forma de concebir la historia, donde el pasado prehispánico no sólo se revalorizaba sino que, también, era objeto de idealizaciones. El escenario propuesto inicialmente para llevarse a cabo fue el sitio arqueológico de Monte Albán, aunque días antes de celebrarse el Comité Organizador decidió que se presentaría en el teatro Mier y Terán. Las danzas ejecutadas, el vestuario utilizado, la música especialmente compuesta para la ocasión, todo estuvo coordinado para presentar una historia inventada que, como fábulas, tendrían también su moraleja. Donají era la princesa heroica que supo morir por su raza, en tanto que Netzahualcóyotl fue “el excelente guerrero y dulcísimo poeta” (Vega, 1932)³⁸.

Pero también, la representación de estas dos obras, nacidas del ingenio de los intelectuales locales, significó la búsqueda de lo auténtico,

³⁸ El espectáculo dio inicio con la obertura Malitzin, de M. Alvarado, e incluyó las danzas de las Indias del Valle; de los Abanicos (donde criticaron el uso del color naranja, no propio de la estética indígena, según la crónica); del Fuego, la Texcocana y la Mictlán o de los Muertos.

identificado esto último con lo antiguo. No se sabe muy bien –o mejor dicho, no tenemos información para afirmarlo- con base a qué datos históricamente comprobados se estructuró la obra, se crearon los escenarios, se compuso la música, se diseñaron los vestuarios o se ejecutaron las danzas. Todas ellas tenían “un fuerte sabor autóctono” e “hicieron revivir el arte de edades pretéritas”³⁹; lo auténtico iba ligado a una creación imaginaria, reafirmada por la observación constante de lo indígena, como producto de la interacción cotidiana más que como curiosidad científica. No obstante, en las obras se plasmaba la forma en que, para un segmento de la población, debían de comportarse los indígenas. Es decir, referían a un tipo ideal de conducta, que por eso mismo era alabada:

Indias del valle, pudorosas y humildes que atravesando la floridez milagrosa del paisaje, danzan unciosamente envueltas en la armonía plácida de su música ingenua (ibid).

El pudor, la humildad y la ingenuidad son adjetivos que denotaban a una concepción particular de lo hermoso, de aquello que es digno de imitarse y que por lo mismo es bueno. En esta concepción, el indio debe ser humilde, es decir, debe conducirse por los caminos impuestos por la sociedad en que vive; es ingenuo, como si fuera un infante, por lo que necesita tanto de cuidados y protección, como de una guía que le indique el camino a seguir. Las descripciones de las danzas no son sino la reafirmación constantemente de un imaginario, de una manera de concebir al otro y que se erigía como una forma de conocimiento que impulsaba y ordenaba la acción en la vida social; por eso el urbanita a veces era el padre que premiaba o castigaba, porque el indio era el infante. La Oaxaca del IV Centenario era una ciudad que festejaba no sólo cuatro centurias de vida sino también cuatro siglos existiendo como sociedad colonial. El Teatro Autóctono fue un ejemplo de

³⁹ Mercurio, miércoles 27 de abril de 1932.

la reinvencción de la historia local y por eso mismo fue calificado como una fiesta de la “gallardía india”:

*haciendo la remembranza de generaciones pasadas y heroicas donde el arco guerrero, la pluma grácil, la línea nevada, el rezongo de los teponaxtles, la estridencia del grito febril y la mirada estoica, vibran al unísono, confundiéndose con el haz de la luz que desprendían los ojos de sombra de aquellas mujeres que fueron del color de la gleba...*⁴⁰

2.2. LA GRAN EXPOSICIÓN REGIONAL OAXAQUEÑA

Si la inicialmente llamada Tarde Racial en Monte Albán fue un reencuentro con una historia que por siglos permaneció en silencio, la Exposición Regional se convirtió en una de las más grandes expresiones del regionalismo oaxaqueño, ya que por primera vez se reunían en un solo lugar, con objeto de ser expuestos ante propios y extraños, los artículos producidos en las diversas zonas de la entidad federativa. La Oaxaca de los años 30 no tenía otra cosa que exponer más que los productos naturales y los de la industria manufacturera, básicamente lo ahora considerado como artesanía, y que posiblemente en esas fechas aún eran artículos de uso entre los pobladores rurales de la entidad. De ahí que se tuviera que reconsiderar el valor asignado a lo realizado por manos indígenas; no creemos que fuera la Exposición la que propiciase lo anterior, sino más bien fue un proceso ya comenzado en años anteriores, pero que a través de esta actividad realizada en 1932 adquirió mayor importancia, ya que en ella se legitimó y valoró pública y positivamente la producción indígena; por eso fue considerada como "una brillante demostración de los esfuerzos de nuestra industria autóctona" (Vega, 1932). La organización del evento corrió a cargo de Rogelio Santaella quien, junto con otros miembros del Comité del IV Centenario, se dio a la tarea de invitar a productores de diversas partes, a fin de que acudieran a la ciudad a exponer sus artículos. El Comité consideraba que:

⁴⁰ Mercurio, miércoles 27 de abril de 1932.

*en nuestro estado, donde el hábito del anuncio es desconocido y donde con frecuencia se encuentra el caso que el público consumidor ignora en donde puede encontrar tal o cual artículo, la Exposición Regional será la ocasión magnífica para dar a conocer no solamente los productos naturales de las regiones, sino, de manera especial, el fruto de la manufactura paciente de los industriales*⁴¹.

De esta forma, los productores comenzaron a inscribirse en el registro de la Exposición, indicando lo que exhibirían allí. En las regiones del estado se comisionaron a unos "recaudadores" que fueron quienes reunieron la producción y la remitieron al Comité central, quien se dio a la tarea de repartirla por secciones. La exposición fue planeada para realizarse en la ex Hacienda de Aguilera⁴². El edificio principal fue objeto de una rehabilitación profunda, y en su interior se construyeron diversos stands donde se exhibirían los productos regionales⁴³. Cada uno de éstos estaba construido siguiendo un modelo de lo que se consideraba que representaba a cada región; así, por ejemplo, el stand de Oaxaca era una construcción "como el estilo regional lo impone. Tendrá ventanas con rejas netamente coloniales, las puertas de madera están labradas con características de dicha época"⁴⁴. El modelo hacía referencia a los estereotipos que, si en la época no estaban sólidamente constituidos, después de la Exposición de Aguilera lo estarían ya, puesto que serían compartidos por mayor número de personas. De ahí que se pidiera a las

⁴¹ Mercurio, domingo 10 de abril de 1932.

⁴² El edificio de la ex Hacienda Aguilera es hoy sede de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma "Benito Juárez" de Oaxaca. Frente a ella se levantaban los cimientos de la que iba a ser la gran fuente "Escuelas y Carreteras" (lema del gobierno de Genaro V. Vásquez), que fueron demolidos en los trabajos de rehabilitación del edificio para la Exposición del IV Centenario, dejando entonces una explanada para la realización de eventos diversos. Posteriormente se construyó en ese sitio la fuente de las Siete Regiones.

⁴³ Los productos que se expusieron estuvieron catalogados en los siguientes rubros: Hortalizas, Semillas, Pintura, Escultura, Fotografía, Ganadería, Aceites, Jabones, Avicultura, Armería, Palma, Jarcia, Ebanistería, Zapatería, Sombrerería, Minería, Cerámica, Curtiduría, Peletería, Talabartería, Sarapes, Tejidos Varios, Café, Industria Platanera, Imprenta, Maderas, Encajería, Labores Manuales, Mármoles, Granitos, Harinas, Ropas Regionales, Platería (Mercurio, viernes 25 de marzo de 1932; todos los rubros vienen en la nota periodística con la lista de personas que participaron en ellos). En total fueron 473 expositores, de los cuales 112 fueron de la ciudad de Oaxaca y 61 de las diversas regiones del estado (Vega, 1932).

⁴⁴ Mercurio, viernes 8 de abril de 1932.

regiones que enviaran las materias primas para la construcción de sus respectivos stands, e incluso que, como en el caso mixe, se empleara "a trabajadores mixes, expertos en levantar casas a la usanza de la zona, de manera que el pabellón será una representación exacta de la forma en que viven los mixes"⁴⁵.

Dentro de la Exposición, el Comité del IV Centenario buscó la forma para que fuesen expuestas las joyas recién descubiertas de la tumba número 7 de Monte Albán; para ello, solicitó al gobierno federal que fueran nuevamente llevadas a la ciudad, a fin de que los oaxaqueños pudieran observar el arte prehispánico. La propuesta fue aceptada por la Secretaría de Educación Pública, que comisionó al Dr. Alfonso Caso para su custodia. En Aguilera se construyó un sitio especial para que fueran exhibidas, "un edificio de mampostería del más puro arte colonial" (Vega, 1932) y el periódico local informó sobre cada detalle al respecto, mientras que Caso, además, impartía conferencias sobre el descubrimiento. Sin embargo, no se trataba de hacer una vinculación de los indios actuales con los pasados, sino de exhibir un conjunto de elementos arqueológicos de los cuales se había apropiado la ciudad, como bien lo expusiera el triunfador de los Juegos Florales del IV Centenario:

...la noticia del descubrimiento de las joyas de Monte Albán ha causado gran sensación no sólo en México, sino en todo el mundo civilizado; ha elevado el nombre de Oaxaca, demostrando que sus habitantes son artistas de abolengo y que la cultura ha florecido en este hermoso y fértil valle desde mucho antes de la fundación de la ciudad española; ya que las razas zapotecas y mixtecas se encontraban a la altura de civilización. ¡Bien haya Oaxaca artista! ¡Bien haya Oaxaca guerrera! ¡Bien haya Oaxaca inmortal! (Salazar, 1932).

En Aguilera también se expondrían trabajos de escolares, puesto que en el México posrevolucionario la escuela era el vehículo privilegiado por cuyo medio se transmitían los valores del Estado-nación. Era el instrumento redentor del país y los frutos de su acción tenían que ser

⁴⁵ Mercurio, domingo 3 de abril de 1932.

expuestos para demostrar los pasos dados en busca del progreso nacional. A cargo del Departamento de Educación Pública del Estado, en un pabellón especial, dividido en lotes, se exhibieron los trabajos realizados en las diversas escuelas de la ciudad. A la par, se agregaron a la Exposición otras actividades lúdicas, como bailes, concursos, noches oaxaqueñas o romerías, haciendo de la ex Hacienda el punto sobre el que giraron las dos semanas de festejos ciudadanos. Asimismo, se instalaron diversos "puestos de vendimias", tanto en el interior del edificio como en la explanada construida frente a él, y se iluminó la Calzada Porfirio Díaz, convirtiéndola en un corredor que llegaba hasta el Paseo Juárez. La primera gran muestra de productos regionales abriría sus puertas el 24 de abril, en una ceremonia a la que asistió el gobernador del Estado y que amenizaron la Banda Mixe, la Orquesta Sinfónica del IV Centenario y la Banda de Policía. En el discurso de inauguración, Rogelio Santaella insistió en la necesidad de repetir "estos estímulos a las industrias autóctonas con más frecuencia"⁴⁶.

Las siete regiones expusieron sus productos en los pabellones contruidos al estilo de cada una de ellas. La Mixteca presentó sarapes, tapetes, zapatos, sillas de montar, así como productos naturales, maderas, minerales, hierbas medicinales, entre otros. La Cañada expuso una colección de huipiles; el Istmo, frutas tropicales; la Sierra, hamacas y objetos de ixtle. Los productos locales enriquecieron y confrontaron un imaginario urbano, reforzando aún más los estereotipos que sobre cada región y sobre la producción indígena se tenía. Era la primera ocasión que en la ciudad se congregaban para ser expuestos los productos de las regiones del estado, demostrando a los urbanitas que incluso aquello que no había sido tomado en cuenta, podría convertirse en un elemento que, apropiado, podría sustentar el orgullo regional. Por eso la Exposición de Aguilera demostraba:

⁴⁶ Mercurio, lunes 25 de abril de 1932.

...las dotes del artesano oaxaqueño, que la técnica en el trabajo, burda en otros tiempos, va mejorando admirablemente en las fuerzas vivas del estado (y que) sólo necesitan su iniciativa, para mostrar a la nación que nuestra tierra es un venero inagotable de riqueza⁴⁷.

En medio de este contexto de búsqueda por lo propio se inscribieron otras propuestas como la de honrar a los hombres ilustres de Oaxaca, a aquellos que "sin resplandecer públicamente, hicieron por ella, por sus letras o por sus habitantes el holocausto de su esfuerzo y conocimientos"⁴⁸. De esta forma, se pidió reconocer a Miguel Méndez, originario de Calpulalpan, que fue compañero de Benito Juárez y que era "superior a éste en inteligencia y carácter"⁴⁹; a Francisco García Cantarines, quien en el siglo XIX, y a pesar de ser obispo, había sostenido la necesidad de separar la Iglesia y el Estado; a Bernardo Carvajal, un liberal decimonónico y "único filósofo que ha tenido nuestra amada tierra"⁵⁰; a José Antonio Noriega, apóstol de la enseñanza; a Basilio Rojas, instructor de los habitantes de Miahuatlán que logró que "entre éstos no hubieran analfabetos"⁵¹; al Padre José Antonio Gay, "el más profundo y el más sabio de los historiadores"⁵²; y al educador Rafael Hernández. Los oaxaqueños solicitaron el reconocimiento "y veneración de nuestros grandes héroes"⁵³, de todos aquellos "seres privilegiados por la naturaleza y esforzados titanes en las luchas de la vida, que nos han legado el fruto de su inteligencia"⁵⁴. Sin embargo, la propuesta no pudo ser estudiada a tiempo, por lo que sólo un oaxaqueño fue honrado públicamente en el IV Centenario, y éste fue el historiador decimonónico Manuel Martínez Gracida, a quien se le dedicó un monumento ahora inexistente, y del que el poeta Núñez y Domínguez, en su inauguración, expresó:

⁴⁷ Mercurio, lunes 25 de abril de 1932. Lo contenido entre paréntesis es nuestro.

⁴⁸ Mercurio, domingo 27 de marzo de 1932.

⁴⁹ Mercurio, domingo 3 de abril de 1932.

⁵⁰ Ibid.

⁵¹ Ibid.

⁵² Ibid.

⁵³ Mercurio, martes 12 de abril de 1932.

⁵⁴ Ibid.

Yo, uno mi indígena copal veracruzano a las perfumadas gomas de tu sahumador en que rojea combusta tu admiración, al sabio infatigable, al benemérito escudriñador de tu ayer esplendoroso, al apasionado trovero de tus bellezas históricas. Él, como el audaz flechero de Tilantongo, que traspasó el ígneo corazón del Sol para domeñarlo, venció al fin la indiferencia y el olvido (Vega, 1932)⁵⁵.

Oaxaca comenzaba de esta forma a rebuscar en los hechos acontecidos en generaciones pasadas, a aquellos hombres que, por los méritos calificados por una determinada clase social, podían ascender al panteón cívico local, ser ejemplo para sus habitantes y, a través de sus virtudes, ser también sus representantes en ámbitos externos a la entidad. Eran las glorias de Oaxaca que a través del tiempo llegarían a ser los beatos laicos de la localidad. La historia de la ciudad y del estado ya no sería la misma, sino que sería la historia de una tierra enaltecida, pues sus hijos habían ayudado a forjar la historia nacional:

*En tus humildes muros está escrita
mucha página heroica o exquisita
que es más que polen de oro en nuestra historia,
y si aún conservan viejos desgarrones
es porque en fragor de la victoria
fueron ellos, como los corazones,
quemados por la lumbre de la gloria!⁵⁶*

3. EL HOMENAJE RACIAL

El número principal de los festejos del IV Centenario fue el Homenaje Racial, una actividad en la cual los organizadores pusieron no sólo todo su empeño sino también plasmaron muchas de sus ideas con respecto a su ciudad y a la población indígena del estado. El Homenaje Racial fue la representación de una obra en tres cuadros, en la que los indígenas serían los actores principales, puesto que llegarían a la ciudad para rendirle pleitesía. Pocos datos confiables tenemos sobre la forma en que

⁵⁵ El "Flechero de Tilantongo", al que alude Núñez y Domínguez, conocido comúnmente como "El flechador del Sol" es un personaje mítico mixteco.

⁵⁶ Extracto del poema "Antequera", de Alfonso Francisco Ramírez. Tomado de Vega (1932).

surgió la idea de presentar esta obra, algunos intelectuales, años más tarde, se autonombrarían como los que la sugirieron (Canseco, 1982), aunque otros sencillamente guardarían silencio al respecto (Rosas, 1975). Al parecer, el mismo gobernador del Estado había tenido un papel esencial en la concepción del espectáculo, ya que creía necesario presentar una actividad que "condensara la glorificación de Oaxaca" (Ramírez, 1982:11). El libreto fue encargado al Dr. Alberto Vargas, en cuya redacción también colaboraron Policarpo T. Sánchez y Alfredo Canseco Feraud, y que se enriqueció con las ideas propuestas por algunos otros intelectuales. Una de las primeras acciones planeadas y llevadas a cabo fue la elección de una mujer que representara a la ciudad de Oaxaca, que

debía de ser una hermosa doncella morena, de andares solemnes, esbelta de porte, difundiendo felicidad con sus miradas; se necesita que interprete en lo posible que Oaxaca se siente digna y satisfecha por sus tradiciones y sus glorias, que tiene concepto cabal de su destino y que habrá de resolverlo a fuerza de cooperación y solidaridad; que se regocija de ver y recibir a sus hermanas, las regiones del Estado, porque sabe que ello es educar en el sentido del acercamiento, de comprensión, de verdadera fraternidad (Vargas, 1932:10).

Para ello se inscribieron diversas jóvenes de la ciudad, que recibieron la adhesión de sindicatos y escuelas. La animación recorrió Oaxaca, y los diversos sectores se proclamaron a favor de alguna de las candidatas. Los meses anteriores al 25 de abril fue el tiempo en que la ciudad vio discurrir una campaña electoral sin precedente; los estudiantes realizaban manifestaciones a favor de la joven de su preferencia, los oaxaqueños radicados en el Distrito Federal se organizaban para apoyar a alguna de ellas. Militares, funcionarios, empleados del ayuntamiento, de comercios, de fábricas también se inclinaron por alguna de las contendientes. La animación subió al extremo de la violencia entre facciones y derivó en la renuncia de las principales candidatas, lo que motivó a intervenir al Comité Organizador que, luego de diversas gestiones, logró el retiro de la renuncia de una de

ellas; de esta forma, el 16 de abril, Margarita Santaella fue proclamada Señorita Oaxaca. Con ello, la ciudad quedaría representada por una joven perteneciente a una importante familia oaxaqueña, que llegó

a concebir en su capacidad interna -casual por el fundamento de su atributo- todo el influjo materialista de un pueblo retrotraído al proceso de cien años, pero con más conciencia de su occidental idolatría. Saboreó mentalmente -como era de ser- la psicología, ahora decadente, del primitivismo de nuestra raza y a su figurita pálida y grácil, ligera y atractiva, convergieron al mismo ritmo, sin excitaciones espirituales, toda la influencia de un pasado puramente racial y la incongruencia de un presente cósmico. Ella fue el puente por encima de donde dos épocas se fraternizaron para la historia (Vega, 1932).

En la representación de la ciudad otorgada a Margarita Santaella, el imaginario de las clases dominantes tomaba forma. No se trataba que fuera cualquier persona, sino aquella que pudiera efectivamente mostrar que la ciudad tomaba un rumbo hacia el desarrollo, de acuerdo con los nuevos tiempos políticos, en donde lo indio sería superado a favor de un mestizaje, de una raza cósmica que refundara la nación. Por eso, los festejos por su elección no se hicieron esperar, y la inspiración de poetas y músicos tampoco:

*Diosa sublime, flor de Antequera,
Virgen ingenua, casto querube,
se siempre digna, pura, hechicera,
como las linfas del lago azul.
Gentil belleza que en el combate
plugo al destino ser Huaxyacac,
que en tus encantos fresca retrate
la honda castalia de Atoyac⁵⁷.*

Pero si en la ciudad la elección de la Señorita Oaxaca causó animación en diversos sectores, los distritos no fueron la excepción, ya que también en ellos se elegiría a una joven. Las regiones quedarían finalmente representadas por aquellas mujeres que hubieran obtenido el

⁵⁷ "Himno a la Señorita Oaxaca". La letra y la música fueron de Enrique Pérez y Cipriano Pérez, respectivamente.

mayor número de votos entre el total de los distritos adscritos a cada región. En cada cabecera distrital se integró un Subcomité Racial, en el que las jóvenes que así lo desearan inscribieran su candidatura⁵⁸. La importancia de estas elecciones no estaba en saber quién iba a ser la triunfadora ni tampoco de qué distrito sería la representante de cada región, sino que gracias a estos comicios las fiestas de la ciudad se pudieron vincular a otros niveles. Así, del pueblo se iba a la cabecera distrital; del distrito se iba a la región y de la región a la capital del estado. Eran líneas por medio de las cuales la fiesta racial tomaba forma e interés en el interior del estado. Pero también podría ser la forma en que los sectores hegemónicos o dominantes de cada región reafirmaban su primacía. Nos faltan datos que nos permitan observar la filiación étnica de cada una de las representantes distritales y regionales; las crónicas periodísticas sólo dejan entrever que las nominadas eran personas de conocidas y prestigiadas familias de cada localidad. Por ello, si en la ciudad los poetas cantaban a su representante, los intelectuales de las localidades del interior harían lo propio, reafirmando en sus versos, en algunos casos, la primacía de la ciudad con respecto a otras poblaciones del estado, como se observa en la composición dedicada a la embajadora del Valle:

*Eres numen y gloria de mi raza,
pues curas las heridas y dolores
y es tu aliento perfil que el alma abraza
sobre un fondo de aromas y de flores.
¡Oh Oaxaca! Princesa soberana
oh tierra de oro que adornó Cortés
mirad la Embajadora provinciana
que rinde humilde pleitesía a tus pies⁵⁹.*

⁵⁸ La elección de las representantes distritales fue también una forma de proveerse de recursos para financiar los gastos del evento, ya que los cupones a través de los cuales se emitía la votación eran vendidos. El dinero recaudado en cada distrito iba a parar a manos del Comité del IV Centenario, que posteriormente enviaba a cada embajada un monto económico para sufragar sus gastos de traslado. Aun así, se exhortaba a los distritos a buscar otras formas de financiamiento para el viaje de sus embajadas, como lo hizo la región de la Cañada, que sufragó los gastos de sus representantes (Mercurio, domingo 27 de marzo de 1932).

⁵⁹ "Homenaje a la Srita. Embajadora del Valle", por Guillermo T. Sánchez (Mercurio, sábado 30 de abril de 1932).

O bien, en la dedicada a la embajadora de Sola de Vega:

*Hoy vienes con el alma, viajera de la vida,
hinchida de esperanza, soñando en la ilusión,
trayendo de mi tierra recuerdos sin medida
que son las expresiones que tiene el corazón...⁶⁰*

La llegada de las embajadoras raciales a la capital del estado fue objeto de celebraciones no programadas, realizadas por oriundos de las regiones, pero radicados en la ciudad. El Istmo y la Mixteca, por ejemplo, organizaron contingentes a fin de recibir dignamente a sus representantes y con ello, “dar una magnífica impresión a las viajeras a su llegada a esta ciudad”⁶¹. En todas las muestras de recibimiento de las embajadoras, subyacía también la reafirmación de una identidad local, por encima de la estatal, pues en el caso de los istmeños, el comité organizador de la bienvenida a su embajadora invitaba a los suyos a participar “con ese espíritu de entusiasmo y solidaridad que nos ha caracterizado en todas las justas nobles...demos nuestra calurosa bienvenida como prueba elocuente del acendrado cariño hacia el terruno”⁶². Pero al Homenaje Racial no sólo llegaban las representantes de las regiones, sino también una comitiva compuesta, además, por dos ancianos que traían el bastón de mando, símbolo del poder local, así como por un séquito (o corte) donde se incluía a las jóvenes que habían resultado electas en sus distritos, pero que no pudieron ser, a falta de votos suficientes, las representantes regionales. Los mixes, además, llegaron con su banda formada por más de sesenta músicos, que causó gran expectación, pues se dijo que ejecutaba selecciones “verdaderamente dignas de oírse”⁶³; una frase que recordaba las antiguas

⁶⁰ "A la Embajadora de Sola de Vega; Srita. María del Pilar Aragón Varela (afectuosamente)", por Serafin Mancebo Martínez (Mercurio, domingo 24 de abril de 1932).

⁶¹ Mercurio, jueves 21 de abril de 1932.

⁶² Mercurio, viernes 22 de abril de 1932.

⁶³ Mercurio, domingo 24 de abril de 1932. La crónica continúa diciendo “Creemos que una de las sorpresas que nos traiga el IV Centenario de Oaxaca, va a consistir en la revelación del espíritu musical de sus aborígenes, puesto que en el Comité de Festejos se

discusiones que versaban sobre si los indios tenían alma, si eran sensibles o si podían ser capaces de crear arte o no. Los indios llegaron a la ciudad y ésta notó su presencia, pues “sus calles muestran ya lo típico de sus regiones en lo vistoso de trajes de sus visitantes”⁶⁴.

La encomienda de las embajadoras no se limitaba a su participación en el Homenaje Racial sino que, también, estarían acompañando a la Señorita Oaxaca en aquellos sitios donde su presencia había sido programada, como en el homenaje que se le rindió en el Congreso estatal, el 30 de abril, y que contó con la presencia del gobernador del Estado y de las autoridades militares y de la ciudad. Asimismo, cada una de las embajadoras iba a ser objeto de particular homenaje a través de un baile de gala que se desarrollaría, en algunos casos en el Casino de Oaxaca, y en otros, en el local de la Exposición Regional, durante las noches que duraran los festejos. Los organizadores trataban con ello hacer un “motivo de glorificación a su región”⁶⁵ y por eso exhortaban a la población oriunda de cada región pero radicada en la ciudad, a participar en esos eventos, “a fin de hacer de su conjunto algo verdaderamente inusitado y al mismo tiempo, regionalista”⁶⁶. Estos bailes no eran populares, es decir, no todos estaban invitados a ellos ya que, a pesar de que se insistía en que era una fiesta de la ciudad, la presencia de todas las clases sociales no estaba considerada en “algunas que se desarrollaron en un ambiente pleno de distinción y elegancia. Tales fueron los bailes efectuados en los aristocráticos salones del Casino de Oaxaca, dados en honor de la Señorita Oaxaca y Embajadora de la Sierra y la Mixteca” (Vega, 1932). Si por un lado, para algunos sectores la presencia de embajadoras raciales era una forma de expresar la identidad sustentada en el lugar de origen, para otros, para la sociedad

ha recibido ya la lista de composiciones inéditas, debidas a autores mixes y escritas exclusivamente para el IV Centenario de Oaxaca. (El alma de la región ha arrancado de la montaña sus mejores sentimientos dormidos, para venir a rendir homenaje a la ciudad de Oaxaca”. (Lo contenido entre paréntesis es nuestro).

⁶⁴ Mercurio, sábado 23 de abril de 1932.

⁶⁵ Mercurio, jueves 21 de abril de 1932.

⁶⁶ Ibid.

dominante oaxaqueña, era una forma de reafirmar su prestigio, poderío y hegemonía.

Los preparativos para la realización del Homenaje Racial fueron diversos; entre éstos estuvieron la construcción del escenario, en el cerro del Fortín, que corrió a cargo de la Comisión de Ingeniería del Comité de Festejos. Nuevamente se utilizaba el mítico cerro de la ciudad, ya que además de congregar a los oaxaqueños en los Lunes del Cerro, era un espacio en donde podía construirse un teatro al aire libre, puesto que sus faldas servirían como gradas naturales. De esta forma, se determinó una anchura de 35 metros y una longitud de sesenta⁶⁷. Asimismo, en vista de preparar un espectáculo único y propio de la ciudad, los miembros del Comité solicitaron a un profesor de Tehuantepec, el envío de la “letra auténtica” de la Sandunga, puesto que sería la melodía introductoria de la región del Istmo en el espectáculo⁶⁸. De igual forma, al libreto general del Homenaje Racial le fueron agregadas las propuestas de Jacobo Dalevuelta⁶⁹, que consistían en poner en escena una obra de su autoría que evocaba a personajes de la historia local, como Juárez, presidiendo la región de la Sierra, o Porfirio Díaz, encabezando a la Mixteca; Condoy, el rey mítico mixe haría lo mismo con su delegación, y así sucesivamente. Nuevamente el mito y la historia se encontrarían en la fiesta del oaxaqueñismo.

Por otro lado, las escuelas ensayaban sus canciones, mismas que precederían la presentación de cada una de las embajadas participantes. “El Nito”, la canción evocadora del ciudadano barrio del Peñasco, acompañaría a la presentación de la Señorita Oaxaca; “La Tortolita

⁶⁷ Mercurio, viernes 8 de abril de 1932.

⁶⁸ Mercurio, miércoles 20 de abril de 1932.

⁶⁹ Fernando Ramírez de Aguilar, alias Jacobo Dalevuelta, nació en 1887 en la ciudad de Oaxaca; desde 1906 trabajó en diversos periódicos de la capital del país, además de haber sido funcionario de la Secretaría de Educación y profesor de Historia Patria en la Escuela Nacional de Maestros. Sus escritos ayudaron a difundir algunas curiosidades “típicas” de la historia y el folclore mexicanos, además de contribuir a la consolidación de una imagen estereotípica nacional como lo es el charro (Pérez, 1998:377-379).

Cantadora”, a la Cañada; “La Canción Mixteca”, a la región del mismo nombre, mientras que para la Sierra se ensayaba el himno “El Mosquito Serrano”, que privó por muchos años en casi todos los pueblos de la región, y que se puso de moda durante el último período revolucionario (Pérez García, 1998, I:362). De igual forma, las delegaciones también se preparaban para el acontecimiento. Las representantes del Valle, por ejemplo, se reunieron para acordar qué vestimenta utilizar en el Homenaje Racial. Pudiera pensarse que la diversidad de trajes indígenas podía haber sido la causa de esta reunión, pero las crónicas apuntan a que, posiblemente, esas “representantes” no eran indígenas sino mestizas que vivían en los pueblos de la región, y que se habían apropiado de la representatividad de los indios; es decir, fueron seleccionadas por el dinero que habían aportado y no por las comunidades indias, con las que sólo compartían el hecho de vivir en una misma región:

Teniendo en cuenta que la Embajada del Valle es la representante Racial del conjunto de habitantes de toda esta zona, habitantes entre quienes domina en su mayoría el traje indígena y siendo la ceremonia de que se trata una presentación autóctona de las regiones que rinden homenaje a la ciudad de Oaxaca, se acordó que el traje de las señoritas que integran la delegación deberá ser el propio de las “inditas”, esto es: camisa bordada y encarrujada, manta ceñida con banda especial que utilizan los naturales para las ceremonias de lujo, calzando el típico cacle y tocadas con rebozos cuyos extremos se trenzan hacia la espalda... Para las demás ceremonias, bailes, homenajes sociales, etc., se emplearán los trajes de calle o de soiree, según el acuerdo muy particular que entre sí tomen las representantes⁷⁰.

La tarde del 25 de abril, fecha en que la ciudad conmemoraba los cuatrocientos años de haber sido elevada a la categoría de ciudad, fue el momento en que se llevó a cabo el Homenaje Racial. Un conjunto de símbolos del mexicanismo y el localismo convergieron en el espectáculo, imprimiendo de este modo a los oaxaqueños un sentimiento regional vinculado estrechamente al nacionalismo emergente en el país. Además de los locales, encabezados por Alberto Vargas como autor del guión y del

⁷⁰ Mercurio, domingo 17 de abril de 1932.

escenario, algunos intelectuales del país habían acudido a la ciudad para prestar su ayuda en el desarrollo del programa de esa tarde, como el pintor Carlos González⁷¹, que fungió como director artístico, o bien, el ya mencionado Jacobo Dalevuelta, que fue el encargado de la escenificación. El programa inició cuando el gobernador del Estado izó la Bandera Nacional en el lugar y un orfeón de mil voces entonó después el Himno Regional Socialista; enseguida, alumnas de la Escuela Normal realizaron una tabla calisténica y, posteriormente, los alumnos de las escuelas hicieron su juramento de fidelidad a la ciudad:

Oaxaca, Oaxaca de Juárez, Oaxaca inmortal; querida tierra donde nacimos:

A ti que guardas generosa las cenizas de nuestros padres que te dieron amor, sacrificio y heroísmo, te juramos solemnemente ante la sagrada Bandera de la Patria, serte siempre fieles y estar contigo para cumplir tus gloriosos destinos, como tus leales hijos que somos y para honra de nuestro nombre de oaxaqueños⁷².

El escenario era también un referente visual del regionalismo. Al fondo, en el centro, quedaba ubicado el sitio de honor que ocuparía la Señorita Oaxaca, adornado con productos del estado; palma, follaje de plátano, paxtle, tepejilones, cactus y rosales. En un nivel inferior y a ambos lados de la gradería construida, se había colocado la sillería que ocuparían las así llamadas "Diosas de la Fraternidad" y, debajo de ellas, a nivel del escenario, estaban los lugares que albergarían a cada una de las embajadas de las regiones. A la derecha se colocarían las embajadoras de la Costa, la Mixteca y el Istmo, mientras que a la izquierda lo harían las de la Cañada, el Valle y la Sierra. En el centro del escenario, rememorando a los antiguos templos prehispánicos, se había construido un teocalli en forma de corazón, que representaba el alma oaxaqueña. El argumento de la fiesta racial constaba de tres cuadros,

⁷¹ González fue pintor, escenógrafo y dramaturgo activo en el primer tercio del siglo XX; creador de la "moderna escenografía de México" y autor de la reconocida escenografía de la obra "La verdad sospechosa", con que se inauguró el Palacio de Bellas Artes. En 1935 se presentó en San Juan Teotihuacán su obra "Creación del Quinto Sol y sacrificio gladiatorio".

⁷² Mercurio, domingo 17 de abril de 1932. El juramento fue redactado por Alberto Vargas.

cada uno con diferente número de escenas. Inició con una obertura, que era el resumen de todas las melodías que se ejecutarían en esa tarde; posteriormente, hizo su aparición el cortejo de la Señorita Oaxaca, encabezado por los heraldos y seguido por las Siete Diosas de la Fraternidad, una por región, acompañadas por Siete Espíritus del Bien; para representarlos se escogieron siete parejas de niños, que iban ataviados con los trajes autóctonos del estado. Fraternidad y Bondad eran los valores que los oaxaqueños veían (o querían ver) en la representación de las regiones de la entidad.

Apareció detrás de ellos la Señorita Oaxaca, vestida con un huipil blanco con algunos bordados⁷³. Llevaba como tocado un lirio morado, semejante al que lucía el escudo de la ciudad, en recuerdo del que adornaba la cabeza de la princesa zapoteca Donají, cuando –según la leyenda- fue encontrada por un pastor emergiendo de las riberas del río Atoyac. Finalizó el cortejo con un contingente de "típicos" charritos y "rumbosas" chinas oaxaqueñas, "cubiertas de oros y sedas", bajo los acordes de la canción popular "El Nito". Este grupo era el símbolo de la ciudad, escogido por un grupo de intelectuales, que veía a sus conciudadanos reflejados en estos elementos, puesto que plasmaban "toda la tradición, es todo el Oaxaca del ayer que palpita en los corazones"⁷⁴. Cada uno pasó a ocupar su lugar señalado en la representación, justo cuando la banda de música ejecutaba el vals "Dios nunca muere". La ciudad habían abierto la escena, y se preparaba para la "solemne y grande fiesta"⁷⁵, en que

las regiones del Estado acuden significativamente representadas vistiendo sus galas mejores; con sus atributos más apreciados y genuinos, en son de espléndido agasajo, llevando sendos regalos y homenajes para ofrendarlos a Oaxaca, la Perla del Sur, que vive su vida típica y generosa (Vargas, 1932:6).

⁷³ El huipil utilizado por Margarita Santaella fue donado en 1982, con motivo del 450 aniversario de la ciudad, al Ayuntamiento de Oaxaca de Juárez, para un futuro museo de la Comuna (Ramírez, 1982:20).

⁷⁴ Mercurio, miércoles 27 de abril de 1932.

⁷⁵ Mercurio, miércoles 27 de abril de 1932.

El segundo cuadro fue dedicado al desfile de las embajadas de las regiones del estado. Inició con la entrada de los mixes, quienes iban precedidos por un cartel en que se leía "Los jamás conquistados", en referencia a la historia de ese grupo que indica que nunca fueron sometidos por los conquistadores españoles. El letrero en sí mismo se pretendía que fuera un símbolo para todos los indígenas de la entidad ya que, para los creadores del guión, el sacrificio y la fe consolidaban la libertad de los pueblos (Vega, 1932). Pero en esta delegación también estaba incluido un grupo de niños que portaba el emblema del silabario; en él simbólicamente se pedían escuelas, pues eran las que podían redimir a los indios. Por eso, se dijo que los niños "tenían sed de cultura"⁷⁶, y que ésta era su "suprema aspiración regional" (Vargas, 1932:11). Pero el inicio, por parte de los mixes, del desfile de delegaciones no era sino una muestra de que, aunque fueron los nunca conquistados, los que "jamás tuvieron en su pie grillete ni llevaron sobre su espalda la señal infame de la esclavitud" (Vega, 1932), se rendían finalmente ante la capital, puesto que los ancianos, representantes de las autoridades de los pueblos, ante la Señorita Oaxaca "pusieron la rodilla en tierra, como si estuvieran frente a su cacica, baja(ro)n la cabeza y entrega(ro)n sus bastones de mando"⁷⁷, en símbolo claro de la aceptación de su limitada autoridad, puesto que sólo participaban de aquella que la ciudad misma les concedía. Los mixes llevaron café, frutas y flores como ofrendas y las pusieron a los pies del sitial de la representante de la ciudad, y su banda de música ejecutó sones diversos, que fueron bailados por los componentes de su región, para después pasar a ocupar su lugar previamente dispuesto.

Siguió con el desfile la Sierra Juárez, que a su entrada lanzó papeles al aire con la leyenda "El respeto al derecho ajeno es la paz",

⁷⁶ Mercurio, miércoles 27 de abril de 1932.

⁷⁷ Ibid. Lo contenido entre paréntesis es nuestro.

acuñado por Benito Juárez. La sugerencia de Dalevuelta, de que un hombre de la región representara a Juárez y se colocara detrás de la Señorita Oaxaca, simbolizando así que siempre fue el guardián de la Patria, fue aceptada. Juárez no hincó su rodilla ante la ciudad, pero besó sus manos en signo inequívoco de sumisión. Aunque fue Presidente del país, al fin y al cabo fue también un indio y, por eso mismo, la aristocracia oaxaqueña pensó que debía rendir tributo (aunque muerto hacía más de cincuenta años), simbólicamente a su ciudad capital. Los serranos llevaron como ofrenda, además de los bastones de mando, que todas las embajadas debían de poner a los pies de Oaxaca, frutas y flores de la región, así como sus danzas, que arrancaron del cronista la frase "hay majestad en este desfile de indios"⁷⁸. Siguió la Costa, que llevó como regalo canastos de algodón y flores de café. Hombres y mujeres, vestidos a la usanza de la región, bailaron sus chilenas.

"Es Oaxaca, tu cielo de zafir...", la letra de las Mañanitas Oaxaqueñas, fue el tema que preludió la aparición en escena de la embajada del Valle, que representó una guelaguetza ofrecida en una boda, como "símbolo de las costumbres típicas del Valle"⁷⁹, que fue un cuadro preparado por el pintor Canseco Feraud. Al término de éste, los presentes se quedaron quietos mientras se entonaba la melodía El Cántaro de Coyotepec, a cuyo término hicieron su aparición los danzantes de la Pluma, llegados de Cuilapan de Guerrero. Los vallistos depositaron a los pies de la Señorita Oaxaca productos de su región; barro de Atzompa, textiles de Teotitlán, cántaros de Coyotepec, cuchillos de Ejutla, flores, canastas y pan de Tlacolula, y frutas. La Cañada y la Mixteca llegaron juntas depositando ante Oaxaca "todo el trópico lleno de vida y de naturaleza"⁸⁰, así como exponiendo algunas de sus diversas costumbres. Los mixtecos llegaron tejiendo sombreros de palma, y la Cañada representó una pelea de gallos; fueron estampas de ambas

⁷⁸ Mercurio, miércoles 27 de abril de 1932.

⁷⁹ Ibid.

⁸⁰ Mercurio, miércoles 27 de abril de 1932.

regiones "proyectadas en esta auténtica y grandiosa película oaxaqueña"⁸¹. El desfile de delegaciones terminó con el Istmo, que entró a los acordes de La Sandunga y derrochó "embriaguez de color y de luz. Cálida palpitación de vida, de vida en el cuerpo y de vida en el alma" (Vargas, 1932:13).

El Homenaje Racial llegó a su fin en el tercer acto, cuando la Señorita Oaxaca entregó cada una de las Diosas de la Fraternidad y de los Espíritus del Bien uno de los listones de colores que caían de su cetro, para que los llevaran a las representantes de las embajadas. Los Espíritus y las Diosas bajaron al centro del escenario, se ubicaron frente al teocalli y encendieron los "pebeteros de Amor". Posteriormente, abrieron las puertas del templo prehispánico y de él salieron palomas blancas que simbolizaban "el alma de la suave provincia que va a las regiones todas del estado, a llevarles un beso de amor"⁸². El final del espectáculo fue la interpretación del Himno a Oaxaca, compuesto expresamente para la ocasión. Con ello terminaba el Homenaje Racial a la ciudad, una fiesta "de simbolismo, color y luz", como la denominó el periódico Mercurio, un "profundo homenaje: riqueza y poder", que "estremeció de emoción a más de 15 mil espectadores"⁸³. Era el final de un desfile lleno de símbolos en el que las regiones oaxaqueñas rindieron pleitesía a una ciudad. Los indios que participaron fueron despojados de todo aquello que denotaba pobreza y atraso económico y social y fueron vestidos con ropajes que producían la imagen de ser personas ansiosas por incorporarse al desarrollo nacional a cuenta de dejar de ser lo que eran, indígenas. Fue una fiesta que volvió a poner a la ciudad en un lugar privilegiado dentro del estado, y fue una actividad que no hizo más que reafirmar el orden social y celebrar el poder de una determinada clase social que poco representaba a la totalidad de los oaxaqueños. Así, al final, cuando todo salió según lo previsto, la ciudad descansó sin

⁸¹ Ibid.

⁸² Ibid.

⁸³ Ibid.

preocupaciones mayores. Los indios le habían rendido homenaje, le habían reiterado su fidelidad y habían aceptado sumisamente su primacía.

Lentamente se va borrando la visión de todo, la luz se va tamizando sin apagarse. Sobre los cerros espectadores brilla todavía, en la cima, una ráfaga de luz y la ciudad que acaba de cumplir cuatrocientos años, recostada en su valle magnífico, se duerme, como todas las tardes, en la mística paz provinciana⁸⁴.

* * * * *

El programa de festejos del IV Centenario y su número principal, el Homenaje Racial, siguieron las líneas generales del nuevo modelo de nación, elaboradas por los ideólogos posrevolucionarios. La historia fue reconstruida, exaltando el pasado indígena, pero negando su presente, a esa "raza primitiva y decadente". Ideas de este tipo, abiertamente racistas y discriminatorias, no surgieron en Oaxaca a raíz de la Revolución sino que a partir de ella tomaron mayor impulso y legitimaron plenamente la forma de actuar de una minoría, que se concebía a sí misma como no india, y que se propuso, a semejanza de lo que acontecía en el resto del país, de dotar de contenidos a una identidad, la "oaxaqueña" en este caso, un término que, como el "mexicano", pecaba de general, pero que fue utilizado para tratar, por un lado de exterminar al indio a través de la integración a la nación, así como para imponer sus propias concepciones a la heterogénea población de la entidad. El regionalismo surgido con mayor vigor en Oaxaca a partir de la década de los años veinte no hizo sino insertarse en el proceso mismo que vivía el país. Pudiera parecer que fue algo diferente, que fue la respuesta localista a la política homogenizadora nacional; sin embargo, no era tal cosa, sino que fue parte de ese mismo fenómeno, puesto que a través de lo local, los

⁸⁴ Mercurio, miércoles 27 de abril de 1932.

oaxaqueños se vincularon a lo nacional y contribuyeron en la obra de construcción del México que Bonfil (1989) llamó "imaginario".

Pero pudiera parecer, también, que en Oaxaca el indio vivo no fue negado sino revalorizado, puesto que gran parte del programa de festejos del IV Centenario se basaba en su participación. Aquí consideramos que efectivamente se revalorizaron algunos elementos de la cultura indígena, como la danza, la música o el vestuario, pero esto se hizo siguiendo, de nueva cuenta, las propuestas regionalistas impulsadas por los gobiernos posrevolucionarios de Oaxaca. En la ciudad, la fiesta la hicieron los indios del interior del estado y no los urbanos. En los primeros se veían aquellos valores que eran buenos y dignos de ser conservados, por eso podemos encontrar frases como "fiesta de la gallardía india"⁸⁵, "la música como mejor representante de la raza"⁸⁶, o bien, calificativos impuestos a los indios por los no indios como "humilde", "ingenuo", "pudoroso" o "estoico"; se aceptaba a los indígenas del interior de la entidad sencillamente porque éstos no vivían en la ciudad, porque al término de su participación en la fiesta regresarían a sus comunidades y no se volvería a tener contacto con ellos. Pero los indios urbanos, los que estaban ubicados en las llamadas "clases populares", no fueron aceptados y, a la par que los foráneos fueron alabados por sus expresiones culturales, los urbanos fueron ocultados. A los primeros se les elogió el vestuario autóctono mientras que se intentó exterminar el de los segundos⁸⁷. La revalorización del indio vivo fue sólo relativa, y en el Homenaje Racial se evidenció plenamente; los indios hincaron la rodilla ante la representante de Oaxaca; se presentaron ante ella sumisamente, y de nuevo dieron cuenta a los espectadores de que no eran sino una "raza" inferior, que veía y reconocía la superioridad de la sociedad urbana, le rendía pleitesía y le pedía a voces -impuestas por los organizadores- participar de su cultura. "Tienen sed de cultura", había

⁸⁵ Mercurio, miércoles 27 de abril de 1932.

⁸⁶ Mercurio, miércoles 20 de abril de 1932.

⁸⁷ Mercurio, jueves 28 de abril de 1932.

dicho el cronista refiriéndose a los niños mixes que participaron en la ocasión.

En una sociedad como la de Oaxaca en los años treinta, con una economía estancada a causa de los sismos de 1931, era lógico que estas fiestas tuvieran también el papel de ser las reivindicadoras del orgullo local. Por eso, se dijo que servían "como estímulo a los oaxaqueños y como aliciente poderoso para la lucha diaria"⁸⁸, no sólo porque la fiesta fue en sí misma un momento de distensión social, sino porque la programada para el IV Centenario estaba llena de simbolismos que referían al papel privilegiado de la ciudad con respecto a la población indígena, y porque en ella misma los órdenes sociales vigentes salían reforzados. Podríamos echar mano, si se nos permite, de la metáfora del personaje de un célebre cuento de los Hermanos Grimm, que al exclamar "*espejito, espejito...*", buscaba encontrar en el objeto aquella respuesta que deseaba escuchar. Así, pues, en el IV Centenario, Oaxaca se miró al espejo, queriendo encontrar en ese pedazo de cristal plateado representado en el programa general de festejos, aquello que sólo a ella le interesaba ver y, curiosamente, lo logró:

En el cerro del Fortín, el Estado de Oaxaca representado por no menos de veinte mil almas y a través del Homenaje Racial... refrendó la fe tremenda que tiene en sus futuros destinos y presentó en inelogiabile paradigma, la muestra de todo lo que pueden hacer los pueblos llenos de vitalidad y esperanzas!... Oaxaca, pues, remozó su espíritu, (y) lo llenó de optimistas claridades (Vega, 1932)⁸⁹.

⁸⁸ Mercurio, domingo 24 de abril de 1932.

⁸⁹ Lo contenido entre paréntesis es nuestro.